

TIM BLANNING

EL TRIUNFO
DE LA MÚSICA

LOS COMPOSITORES,
LOS INTÉRPRETES Y EL PÚBLICO DESDE
1700 HASTA LA ACTUALIDAD

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE FRANCISCO LÓPEZ MARTÍN

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *The Triumph of Music in the Modern World*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2008 by Tim Blanning. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2011 by Francisco López Martín
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fragmento de una copia
de *Concerto* de Bartolomeo Manfredi

ISBN: 978-84-15277-47-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 38 076-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

INTRODUCCIÓN

En los tiempos modernos ha habido tres monarcas británicos que han reinado lo suficiente para celebrar los cincuenta años de su reinado: Jorge III en 1809, la reina Victoria en 1887 e Isabel II en 2002.¹ Los tres celebraron la ocasión con una ceremonia religiosa. El rey Jorge se contentó con organizar una ceremonia privada en la capilla de Windsor. La reina Victoria asistió a una eucaristía de acción de gracias en la abadía de Westminster, donde escuchó el *Te Deum* de su difunto esposo y otra de sus composiciones, el himno *Gotha*. La actual soberana fue a la catedral de San Pablo para asistir a un acto similar, aunque sin la música del príncipe consorte; allí escuchó de labios del arzobispo de Canterbury estas palabras: «[A] diferencia de lo que ha sucedido con tantas otras cosas en el mundo moderno, la relación entre la soberana y el pueblo ha adquirido fuerza y profundidad con el paso del tiempo». En el caso de estos tres monarcas, cabezas de la Iglesia de Inglaterra y devotos cristianos, es probable que la ceremonia religiosa constituyera el punto culminante de las celebraciones. Sin embargo, para los súbditos del rey Jorge y la reina Victoria, quizá lo más memorable fueran los fuegos artificiales, los asados de buey y la cerveza a discreción.

En 2002 también se consumieron grandes cantidades de comida y bebida, pero, para la mayor parte de los súbditos

¹ Jorge III accedió al trono en 1760, pero su aniversario se celebró al comienzo de su quincuagésimo año de reinado. Estuvo bien que así fuera, pues, al año siguiente, perdió definitivamente la razón. (*Todas las notas al pie referenciadas con número son del autor, las referenciadas con letras, del traductor*).

tos de la reina Isabel, el punto culminante llegó con el gran concierto de música *pop* al aire libre organizado en los jardines del palacio de Buckingham el lunes 3 de junio. Aunque lo limitado del espacio hizo que sólo pudieran asistir 12 500 afortunados, un millón de personas se congregó ante las pantallas gigantes instaladas en el Mall y los parques reales, y veinte millones de espectadores en el Reino Unido y más de 200 millones en todo el mundo siguieron el concierto por la televisión. En una semana se vendieron 100 000 copias del CD, y los millones de personas que lo habrán visto en DVD resultan incalculables. Junto con el concierto de música clásica («Prom at the Palace») ofrecido el sábado anterior, el «Party at the Palace» (nombre oficial del acontecimiento) hizo que esta celebración tuviera un eco superior al de las dos precedentes.

El DVD tenía grandes momentos. Citemos tres: el protagonizado por una de las integrantes de Atomic Kitten constantemente a punto de reventar el vestido, aunque sin conseguirlo; el momento en que el antaño diabólico Ozzy Os-

bourne, ex vocalista de Black Sabbath, aulló «Dios salve a la reina» mientras abandonaba el escenario después de haber cantado su himno, «Paranoid»; el ligero desconcierto de la atractiva Rachel Stevens cuando Cliff Richard la agarró durante su interpretación de «Move It». No obstante, lo más destacado fue, sin duda, el comienzo del concierto, con Brian May tocando «Dios salve a la reina» en la azotea del palacio de Buckingham. Aunque tal vez la reina no sacó el máximo partido al acontecimiento—llegó poco antes del final, ataviada con unas orejeras y visiblemente incómoda por lo que veía—, la mayor parte de los comentaristas coincidieron en señalar que, desde el punto de vista de las relaciones públicas, había sido una jugada magistral. Incluso algunas personas que se autoproclamaban republicanas quedaron impresionadas.

La crítica de la articulista India Knight, que estaba en Irlanda aquella noche, es una buena muestra de la reacción provocada por el acto:

Despreocupadamente, encendí la televisión mientras me daba un baño. Lo primero que pensé, mientras en el estómago sentía algo así como una llamarada de excitación, fue: «Dios mío, ¿no es fabuloso?». Lo segundo fue: «Es Brian May con su horrible peinado tocando la guitarra en la azotea del palacio de Buckingham, así que no puede ser nada fabuloso, tengo que controlarme enseñada». Tenía previsto acercarme al bar, pero, en vez de eso, me quedé viendo el concierto, hipnotizada. Era el concierto de abuelitos con el que llevaba semanas riéndome para mis adentros: Rod Stewart, Ozzy Osbourne, Paul McCartney, lo que queda de Queen, exactamente lo contrario a todo lo que está de moda. Sin embargo, era fantástico, y más fantástico resultaba aún ver a un millón de personas haciendo ondear sus banderas y rugiendo de entusiasmo: cada vez que la cámara las enfocaba, se me hacía un nudo en la garganta.

Este artículo se publicó con el título: «¡Socorro! soy una patriota».² Si ese texto parece un poco vago, podemos añadir la reacción más práctica de Hans Petri, el director ejecutivo de Opus Arte, compañía encargada de promocionar el DVD, que se vio abrumado por las demandas de muchas empresas dispuestas a distribuirlo: «Cuando vieron la imagen de Brian May en la azotea del palacio, echaron la casa por la ventana».³ Se puede calificar la interpretación de Brian May de emblemática, y, por una vez, parece justificado el empleo de un adjetivo tan manido.

Desde luego, el acontecimiento suscitó un enorme interés, pero, pese a que hizo correr ríos de tinta, nadie, que yo sepa, trató de situarlo en su marco histórico, aparte de unas cuantas referencias breves a los dos aniversarios reales precedentes—o tres, si contamos el celebrado en 1897 por los sesenta años de la reina Victoria en el trono—. Este libro pondrá de manifiesto que el concierto fue la culminación de tres siglos de desarrollo musical. Sin duda, podían haberse escogido otras ocasiones, pero el «Prom at the Palace» y el «Party at the Palace» son un excelente punto de partida, porque en aquellas dos veladas de junio hubo al menos cuatro de los cinco elementos esenciales que se han amalgamado para garantizar el triunfo de la música: de ellos se ocuparán de forma sucesiva los cinco capítulos siguientes.

En primer lugar, estaba la categoría elevada del músico. Habría sido imposible reunir a un grupo de artistas de otro campo cuya fama y fortuna fueran comparables. Casi todos los participantes eran músicos famosos, varios poseían el título de caballeros o damas de la Orden del Imperio británico y había muy pocos que no fueran ricos. En la lista de las mayores fortunas publicada por *The Sunday*

² *The Sunday Times*, 9 de junio de 2002.

³ *The Times*, 6 de junio de 2002.

Times figuran sir Paul McCartney, con 760 millones de libras esterlinas; sir Elton John, con 170; sir Tom Jones, con 150; Ozzy Osbourne, con 100; Brian May, con 55; Roger Taylor, con 50; John Deacon, con 50; sir Cliff Richard, con 40 (una cifra claramente por debajo de la realidad); Annie Lennox, con 20, etcétera. Las cosas han cambiado mucho desde 1781, cuando Mozart dejó de estar al servicio del arzobispo de Salzburgo y lo echaron, literalmente, a patadas.

Además de la categoría de los intérpretes, también tenían importancia el lugar y el espacio elegidos para la ocasión. La dirección tal vez fuera el palacio de Buckingham, pero el acceso no estaba controlado por la propietaria e inquilina. Se trataba de un acto público, no tanto de un concierto como de una fiesta al aire libre, y, a medida que el ambiente fue calentándose, los asistentes no fueron meros espectadores, sino que participaron de forma activa. Además, el espacio no estaba cercado por los muros palaciegos, sino que se extendía por los bulevares y parques adyacentes, lo que dio lugar a un fenómeno de masas. Tal cosa fue posible sólo gracias a la tecnología, en especial a la amplificación del sonido y la transmisión de las imágenes. Sin las pantallas, ni siquiera a Tom Jones lo habrían podido oír y ver más que unos cuantos cientos de espectadores; con ellas, decenas de millones de personas pudieron ver y oír incluso a The Corrs, con sus suaves voces y su actitud retraída. Como veremos, el lugar, el espacio y la tecnología unieron sus fuerzas para sacar a la música del palacio e introducirla en la esfera pública.

Los mensajes lanzados desde el escenario fueron diversos, pero no incoherentes. No hace falta esforzarse demasiado para reunirlos bajo el término genérico de *liberación*, ya fuera la de las mujeres (Annie Lennox y «Sisters Are Doing It for Themselves»), la de los jóvenes («Radio Ga Ga» de Queen), la de las minorías étnicas («Blackbird» de Paul

McCartney, «Respect» de Aretha Franklin), la de los homosexuales («I Want Love» de sir Elton John), la de los amantes («Everything I Do» de Bryan Adams) o la de los ancianos (todas las contribuciones de sir Cliff Richard).

El único aspecto del concierto que parecía desentonar con el triunfal progreso de la música era el de su propósito. En la medida en que era una celebración monárquica, parecía tener muchas cosas en común con las grandes fiestas de los Habsburgo o los Borbones, en las que el propósito de la música era el de representar el poder del mecenas. La capacidad expresiva que ha permitido a la música, a lo largo de cuatro siglos, supera a todas las artes hasta ser la primera de todas, tal vez no fuera evidente en las celebraciones de 2002: los susurros de Emma Bunton en «Baby Love» y los gritos de Tom Jones en «Sex Bomb» mostraron el aspecto más comercial de la música. Sin embargo, interpretaciones como las que hicieron Queen de «Bohemian Rhapsody», Eric Clapton de «Layla» y Paul McCartney de diversos fragmentos de *Sergeant Pepper's Lonely Hearts Club Band* y *White Album* bastaron para recordar la capacidad de la música para elevarse a las alturas profundizando en el espíritu del ser humano y expresar sus hallazgos con un atractivo universal.⁴ De hecho, como señaló más de un periodista, no estaba claro a quién se rendía homenaje, si a la soberana o a los reyes y las reinas del *pop*.

La categoría, el propósito, los lugares y espacios, la tecnología y la liberación: éstos son los cinco aspectos que examinaré para explicar el avance de la música hasta la supremacía cultural. Este libro es un ensayo de historia social, cultural y política, no de musicología; para leerlo, no es necesario saber música. No pretende ser una historia de

⁴ En el concierto se interpretaron cuarenta y una canciones, pero en el DVD sólo se incluyó una selección.

INTRODUCCIÓN

la música; es necesariamente selectivo en los ejemplos que ofrece. Pido disculpas por anticipado a los admiradores, por ejemplo, de Puccini (un grupo *muy* sensible) o de los Sex Pistols (*idem*) por no prestar más atención a sus ídolos. Aunque dedico especial atención al final del siglo XVIII y al siglo XIX, ya que entonces acontecieron muchas de las transformaciones más importantes, todos los capítulos acaban con una sección en la que se investiga el tema tratado hasta llegar a su fase actual. Al final del libro se ofrece una cronología que proporciona un hilo y sitúa los acontecimientos musicales en su marco histórico general.

Las tesis simples siempre corren el riesgo de incurrir en el reduccionismo. Aunque soy consciente de que todos los fenómenos que trato tuvieron repercusiones en otras ramas de las artes creativas, sostengo que la música fue su máxima beneficiaria.